

La presencia de las regiones en la conciencia cultural de la Nación

Por la Dra. Gloria Videla de Rivero

Decía Ortega y Gasset en 1927: "Yo creo que una de las cosas más útiles para el inmediato porvenir español es que se renueve la meditación sobre el hecho regional". Fundamentaba esta necesidad de reflexionar sobre el hecho provincial y regional en la convicción de que la coyuntura del momento anunciaba presiones enormes de otras naciones sobre la nación española. Y afirmaba: "Si no hacemos nosotros historia, nos la harán los demás, como viene ocurriendo desde dos siglos atrás". Creo que los conceptos de Ortega pueden ser suscriptos por los argentinos de hoy, con sólo sustituir la referencia a España por la de la Argentina.

Así como en la vida de cada individuo son necesarios los dos movimientos complementarios, el de recogimiento y el de expansión, el de la reflexión que ha de marcar el rumbo a los momentos de acción, el de concentrarse en la intimidad de la conciencia antes de despararrarse por el mundo, creo que la imagen es válida para nuestro país. La Argentina bífrente, atlántica y americana, ha estado —desde el modelo del ochenta— abierta a un cosmopolitismo predominantemente europeo, desarramándose a todos los vientos, curiosa de todas las novedades o últimas modas culturales. La puerta-puerto de apertura atlántica y cosmopolita ha sido la ciudad capital, Buenos Aires. El modelo cultural ha sido fecundo, sin duda. Los argentinos de todo el país estamos orgullosos de nuestra capital que cumple, entre otras funciones, la de conectarnos con el mundo.

Pero ¿no habrá llegado la hora de que el país intensifique su desarrollo interior, de que vuelque su reflexión sobre la otra cara de su bífrentismo, la que mira hacia adentro, hacia sus tradiciones, hacia su americanidad? ¿No habrá llegado la hora de que buce en lo más hondo de sí mismo, en sus raíces mediterráneas, en sus tesoros sepultados en sus realidades no agudadas pero existentes y presentes, como están presentes y asustantes, según Freud, los conflictos no resueltos que sepultamos en el subconsciente a nivel individual? ¿No habrá llegado la ho-

ra de que el país asuma en su conciencia nacional su realidad total, la Argentina visible, que es fundamental la que está en la vidriera —Buenos Aires— y la Argentina subyacente, semloculta pero existente, la de las restantes regiones? ¿No habrá llegado la hora de que el país integre su conciencia nacional en toda su plural dimensión, en todo su complejo territorio espiritual? ¿No habrá llegado la hora de dejar de soslayar o ignorar ciertos ingredientes de nuestra realidad, vale decir de nuestra identidad?

La Nación abarca las distintas regiones de su territorio geográfico y espiritual, la Nación concilia la pluralidad en la unidad, la Nación ha de armonizar las fecundas melodías particulares de cada una de sus zonas en una sinfonía tanto más rica cuanto más variados sean los motivos que se entrelazan en ella. ¿Por qué, entonces, en la práctica, la Nación es arrasante de las regiones? Porque, en la práctica, Nación se identifica con Capital Federal y, tal vez, con la adyacente provincia de Buenos Aires que, en realidad, constituye una realidad regional más. Buenos Aires se proyecta así sobre el país real, que se convierte en el "país subyacente", alianado, uniformizado.

Las largas luchas por la organización del país a partir de la emancipación, se movieron en torno a dos polos dialécticos: ciudad-campañas, Buenos Aires-interior del país. Los organizadores comprendieron que debían optar por un modelo que tuviese en cuenta la totalidad del país y que lograrse integrar, en una relación de tensiones dinámicas, los datos insoslayables que la realidad geográfica o histórica ofrecía y que se sintetizaban en las dicotomías señaladas. La fórmula constitucional tenía que lograr la unidad orgánica sobre un escenario de gran dispersión, debía integrar Buenos Aires con lejanas ciudades; tenía que lograr, no una mera fusión, sino una totalidad estructurada, una estructura en la que cada parte viviese del todo y para el todo. En la conciencia constitucional que finalmente se impuso predominaron estas dos ideas: primeramente, el proceso de la existencia histórica marchaba en el país hacia la unidad en la totalidad de la forma, hecho que tiene políticamente el

nombre de Nación. La segunda idea fue que la ciudad capital era el supremo instrumento para lograr ese fin. Desde ella se buscó y se logró la unidad, pero la perspectiva histórica nos permite juzgar que el todo logrado no estructuró un conjunto de particularidades sino que en gran medida fue absorbente, allanante y con marcada tendencia a la extraversion.

Dice Ortega y Gasset que el hábito de pensar en la Nación como conjunto es un pecado de abstracción. Si pensamos sólo en la Nación, pensamos en el todo o conjunto como tal y olvidamos pensar en las partes que lo integran. La riqueza de una Nación está en esta realidad concreta, y la otra que la va llenando. Diré, parafraseando a Ortega: se ha elucidado desde la capital, desde Buenos Aires, un Estado nacional homogéneo, especie de área geométrica donde todos los puntos son idénticos, intercambiables. A fuerza de pensar abstractamente en la Nación, se creyó que ésta era un Buenos Aires centrifugado, enorme. La política nacional que había en las cabezas era una política porteña. La idea nacional quedaba, por prestidigitación inconsciente, suplantada por una idea particularista: era portefilismo. Como no se iba a buscar la Nación donde en efecto está, recorriendo cada uno de los trozos del país, la idea abstracta del país se llenaba irremediabilmente con lo que el político tenía delante de los ojos, esto es: con Buenos Aires. Parece, pues, forzoso que comencemos por dotar de concreción a la conciencia pública de nuestro pueblo. Para ello hay que limitarla, y al limitarla se condensará. Los regionalismos suplantarán una vida abstracta nacional y apelan a una vida concreta local. Si cada grupo local conquista una clara voluntad de sí mismo, en la articulación de esas voluntades saldrá fortalecida la Nación.

No se trata, pues, de atomizar el país, sino de fortificarlo en sus partes, de interrelacionarlo más plural e intensamente. No se trata de negar a la Capital, no se trata de localismos irritados, se trata de una voluntad más sustanciosa y noble: la voluntad de las provincias y de las regiones de afirmarse a sí mismas, de no desintegrarse o evadirse por su puerto-puerta, de ser más fuertes para que la Nación, en su conjunto, se fortifique.